

Gustavo Guerrero

Historia de un encargo:
«La catira» de
Camilo José Cela

Literatura, ideología y diplomacia
en tiempos de la Hispanidad



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección:

Julio Vivas

Ilustración: «Joropo», Eloy Palacios, 1912, Biblioteca Nacional de Venezuela,
Caracas

Primera edición: junio 2008

© Gustavo Guerrero, 2008

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2008
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6274-4

Depósito Legal: B. 22188-2008

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El día 29 de abril de 2008, el jurado compuesto por Salvador Clotas, Román Gubern, Xavier Rubert de Ventós, Fernando Savater, Vicente Verdú y el editor Jorge Herralde, concedió, por mayoría, el XXXVI Premio Anagrama de Ensayo a *Historia de un encargo: «La catira» de Camilo José Cela*, de Gustavo Guerrero.

Resultó finalista *Descenso literario a los infiernos demográficos*, de Andreu Domingo.

A Magaly Saavedra y Héctor Feliciano

catire, ra (De or. cumanagoto.) adj.
Am. Dicho de una persona: Rubia, en especial con el pelo rojizo y ojos verdosos o amarillentos, por lo común hija de blanco y mulata, o viceversa.

*Diccionario de la Real Academia
Española (2001)*

INTRODUCCIÓN

Como casi todos los libros, éste es a la vez varios libros y puede por ende ser presentado de distintas maneras. No creo equivocarme si digo que, entre sus múltiples identidades, figura en buena posición la de ser un ensayo sobre la teoría y la práctica de la Hispanidad como eje mayor de la política cultural del franquismo hacia América Latina. Tampoco estaría demasiado lejos de la verdad decir que es un acercamiento a la historia de las relaciones hispano-venezolanas en los años cincuenta del pasado siglo, o bien un circunscrito aporte a la comprensión de la vida y la obra de uno de los novelistas españoles más sonados de las últimas cuatro o cinco décadas. Sin embargo, me parece que la presentación más justa debería describir *Historia de un encargo* como un primer intento por elucidar un *affaire* político-literario que, en su momento, provocó escándalo y hasta una agria polémica, pero que, quizás por ello mismo, luego fue fácil presa del olvido y apenas si ha logrado subsistir entre nosotros como un confuso y menguante recuerdo.

No es mucho, en efecto, lo que ha quedado de aquellos hechos en la memoria común. Prueba de ello es que, al

morir Camilo José Cela en 2002, resultaron más bien escasas las necrologías que evocaron su paso por Sudamérica y fueron todavía menos numerosas las que se refirieron a ese viaje a Venezuela del cual habría de surgir una de sus novelas: *La catira* (1955). Aun entre las notas que lo mencionaron, a menudo ni siquiera había coincidencia en la fecha. En *La Voz de Galicia* se indicaba, por ejemplo, que el viaje había sido en 1953, mientras que en *El Nacional* de Caracas se avanzaba el año de 1955 y en el diario *La Prensa* de Panamá se daba por sentado que había tenido lugar unos cuarenta años antes, digamos hacia 1959, o incluso 1960.¹

Si para sacar algo en claro pasamos de los periódicos a los libros, los estragos de la desmemoria, lejos de subsanarse, parece que se agravan, pues no sólo afectan ya a la fecha sino también a las motivaciones y circunstancias de un viaje que, para algunos autores, fue sólo una visita a Venezuela y, para otros, toda una gira por Sudamérica. En su biografía *Camilo José Cela* (1991), Mariano Tudela señala así que, en la primavera de 1953, y en son de emigrante, el novelista viajó por su cuenta a Colombia, Ecuador y Venezuela, buscando conferencias pagadas en los centros regionales gallegos. Pero su versión mal se aviene con la del autorizado periodista literario Joaquín Soler Serrano, quien durante su última estadía en Caracas afirmó rotundamente: «A Camilo José Cela lo traje yo aquí para que conociera este país y escribiera un libro sobre Venezuela.» Como para enredar aún más las cosas, Rafael Flórez, el Alfaqueque, asevera, en *Camilo de Camilos* (1991),

1. Luis Ventoso, «Un genio que tenía mucho genio», *La Voz de Galicia*, A Coruña, 18 de enero de 2002, p. 9; Rubén Wisotzki, «La familia de Pascual Duarte está de luto», *El Nacional*, Caracas, 18 de enero de 2002, p. C-14; Demóstenes Vergara Stanzola, «In memoriam: cómo conocí a Camilo José Cela», *La Prensa*, Panamá, 30 de enero de 2002, p. 10.

que quien invitó al escritor a Venezuela fue nada menos que el dictador Marcos Pérez Jiménez y que lo hizo además con el inescrupuloso objetivo de encargarle una novela que borrara del mapa literario a la *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos –el presidente novelista al que el militar había derrocado en 1948.¹

Historia de un encargo nace de la perplejidad que suscita esta mesa revuelta y obedece, en un comienzo, al propósito de reconstruir las motivaciones, cronologías y vicisitudes del viaje que Camilo José Cela hizo por Colombia, Ecuador y Venezuela en 1953. La idea inicial era describir detalladamente cada una de las etapas, desde los preparativos hasta el regreso, pasando por la estadía en los dos países andinos y por las principales venturas, encuentros y peripecias que marcaron el periplo del viajero en Venezuela. Sin embargo, a medida que avanzaba en mis pesquisas, los documentos españoles y sudamericanos que iba descubriendo, me iban llevando hacia otro rumbo e iban haciendo más y más evidente que aquel viaje se había realizado dentro de un particular contexto político en el cual se confundían los programas culturales del franquismo para América Latina, las relaciones privilegiadas que mantuvo el caudillo español con las dictaduras militares latinoamericanas del medio siglo y también la vistosa propaganda internacional de uno de aquellos regímenes: el del coronel venezolano Marcos Pérez Jiménez. Por eso, terminada la reconstrucción de la narrativa del viaje, y con ella la pintura del contexto histórico donde se forma el proyecto de es-

1. Mariano Tudela, *Camilo José Cela*, Grupo Libro 88, Madrid, 1991, p. 106; «Joaquín Soler Serrano, el entrevistador entrevistado», en Rafael Arráiz Lucca, *España y Venezuela, 20 testimonios*, Fundación para la Cultura Urbana, Caracas, 2002, p. 33; Rafael Flórez, *El Alfaqueque, Camilo de Camilos*, Editorial Bitácora, Madrid, 1991, p. 324.

cribir *La catira*, pronto se impuso la necesidad de añadir un nuevo capítulo al libro y dedicarlo a analizar la génesis de la novela *qua* encargo, es decir, como un texto que, de un modo u otro, responde a una expectativa predeterminada y, en este caso especial, nace a la sombra de una praxis y unas ideologías políticas bien precisas: la doctrina de la Hispanidad franquista y el Nuevo Ideal Nacional venezolano, el credo oficial del perezjimenismo.

Dentro de la misma lógica, y una vez redactado este segundo capítulo, se hizo insoslayable agregar un tercero donde se trazara la historia de la publicación de la novela y se revisaran las condiciones de su primera recepción a un lado y otro del Atlántico. Fue así como tuve que dedicarme a exhumar las principales reseñas españolas y venezolanas de *La catira*, mientras reconstruía, simultáneamente, el segundo y último viaje de Camilo José Cela a Caracas, en la primavera de 1955. Allí y entonces tuvo lugar una de las peores polémicas de las muchas en que el de Padrón se vio envuelto a través de su prolongada y turbulenta carrera.

Aunque los tres capítulos pueden leerse independientemente y creo que cada uno goza de cierta autonomía, *Historia de un encargo* es, en realidad, un primer intento por articular en un todo el viaje por Sudamérica, la escritura de la novela y la polémica de 1955, tratando de devolverles a los hechos algo de la complejidad y el espesor histórico que el escándalo siempre tiende a quitarles. Lo que se quiere es poner de manifiesto su densidad y su esencial unidad sobre el trasfondo de un momento clave en las relaciones entre España y Latinoamérica. Y es que Camilo José Cela no viaja a Colombia, Ecuador y Venezuela por un lado, escribe *La catira* por otro y se ve envuelto en una controversia por un tercero, como si fuera un versátil habitante de mundos virtuales o paralelos. Existe un *continuum*

que es justamente lo que le confiere una profundidad a sus palabras y a sus actos de entonces, y lo que nos permite entender hoy su significado de una manera distinta y acaso más cabal.

Plantar este telón de fondo, tejer los hilos de una trama susceptible de restituir al menos una parte de lo ocurrido, supuso, como puede imaginarse, revolver durante varios años diferentes archivos españoles, venezolanos, colombianos y ecuatorianos, e implicó también tratar de recoger testimonios y acopiar innumerables recortes de prensa en las hemerotecas de las dos orillas. Pero insisto en que se trata de un primer intento y en que los resultados que aquí se ofrecen son sólo parciales, pues faltan aún muchos documentos que siguen extraviados en los laberínticos archivos sudamericanos, o que se encuentran en manos privadas, o que, por desgracia, simplemente todavía no pueden consultarse, tal y como sucede con los papeles del antiguo archivo del Instituto de Cultura Hispánica en Madrid. Este organismo, fundado en 1945, fue, según se sabe, el centro de irradiación de la cultura oficial española en el extranjero y la entidad responsable de preservar los famosos «vínculos espirituales» con los países de América. Su archivo, que aún no puede consultarse, pues sólo recientemente se ha empezado a inventariar y a catalogar, constituye una de las fuentes documentales más importantes que existen para el estudio de la doctrina de la Hispanidad y la proyección de las políticas culturales del franquismo hacia América Latina.

Ojalá que cuando este fondo por fin se ordene y se abra, nuevos documentos vengan a ampliar y a completar lo que hoy sabemos de Cela y de sus viajes, y ojalá que hagan posible que, en torno a estos asuntos, se cree otra vez una dinámica investigativa que reúna a españoles y lati-

noamericanos, como ocurrió antaño con el tema del exilio republicano. Quizá entonces se pueda responder a las principales críticas que se les hacen hoy a los trabajos que han ido estudiando la cuestión de la Hispanidad desde un punto de vista teórico o exclusivamente ibérico, como si no se hubiera traducido en una serie de prácticas, representaciones y discursos que tuvieron una real influencia política y cultural en América Latina.¹

Se comprenderá que meterse en todo esto para repetir por enésima vez el pleito entre los que denuncian y los que justifican a Cela por haber escrito *La catira*, no es algo que tenga mayor sentido. Unos y otros ya han puesto en escena demasiadas veces el mismo número y muy probablemente son los principales responsables de que un chisme de salón haya tomado hasta ahora el lugar que debía corresponderle a la investigación biográfica, histórica y literaria. Lo que busca este libro es precisamente devolverles sus derechos a estas tres disciplinas y rescatar para la memoria común algo que durante largo tiempo sólo ha podido decirse a gritos o en voz baja. Pero no quisiera que se me malinterpretara. Mi opinión sobre la conducta de Cela es, espero, lo suficientemente explícita en muchas de estas páginas como para pedir pie de grabado. Aún más, creo que, a la luz de lo que dicen los documentos reunidos, difícilmente pueden plantearse dudas sobre la calificación que merece la conducta de Cela, a menos que se quiera seguir pensando que aquello no fue sino una simpática travesura y/o que las cosas que suceden en esos remotos paí-

1. Cf. sobre este tema la reseña de Raanan Rein in *E.I.A.L., Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, volumen 1, n.º 2, Universidad de Tel Aviv, julio-diciembre de 1990 (<http://www1.tau.ac.il/eial/index.php>).

ses nunca serán tan significativas ni tan graves como las que ocurren en Europa. Con el mar de fondo que representan las siempre espinosas relaciones entre moral y literatura, lo que se trata de elucidar aquí, de cara a la historia, la biografía y los estudios literarios, es cómo un joven, irreverente y destacado novelista español, quizás el más talentoso de su generación, fue captado por la diplomacia franquista y acabó escribiendo una novela de encargo como *La catira* para un dictador venezolano.

Historia de un encargo fue escrita con el propósito de empezar a esbozar una respuesta a esta interrogante y también con el deseo de ver y hacer ver cómo los destinos de españoles y latinoamericanos se confunden en aquel momento en una misma historia que aún no ha sido narrada del todo y que, por lo general, unos y otros ignoran. El lector venezolano ha de excusar así que se expongan y se expliquen hechos que para él resultan evidentes, como ha de excusarlo igualmente el lector español, o colombiano, o ecuatoriano. Una de las tesis que se manejan en este libro sostiene que, si queremos sacudirnos por fin la resaca que nos ha dejado a todos la ideología de la Hispanidad, habrá que empezar por admitir que, a pesar de tener una lengua común y cierto aire de familia, no nos conocemos en el fondo demasiado. Hemos vivido alimentándonos durante mucho tiempo de un mito que, al eximirnos de la necesidad de saber quiénes somos, le ha restado exigencia y honra a nuestra mutua curiosidad.

Es costumbre en la tradición universitaria anglosajona añadir al principio de este tipo de libros una larga lista de agradecimientos. Aunque *Historia de un encargo* no ha sido escrito dentro de esa tradición, no quiero dejar, sin embargo, de expresar mi gratitud hacia todos aquellos bibliotecarios, archivólogos e investigadores que en Madrid,

Iria Flavia, Caracas, Bogotá y Quito tuvieron la paciencia de responder a mis dudas y de buscar una y otra vez papeles, fotografías y documentos. También quiero consignar mis gracias a todos los testigos que contestaron a mis preguntas y encuestas, aun a aquellos que no quisieron autorizar que se les cite. Mi deuda es igualmente infinita para con todos los amigos españoles, franceses y latinoamericanos que se tomaron el trabajo de leer los borradores de este libro. Tampoco olvido lo que debo a los estudiantes de la Universidad de Princeton que escucharon una primera conferencia sobre el tema en el otoño de 2005 ni a los colegas del Seminario América Latina (S. A. L.) de la Universidad de la Sorbona, que me acogieron en su centro de estudios en marzo de 2007.

Termino mencionando, con idéntica gratitud, a los estudiantes de la Universidad Julio Verne de Amiens, que siguieron mi seminario de máster en el invierno de 2006-2007 y me aportaron nuevos y estimulantes puntos de vista que me llevaron a corregir y completar el manuscrito.

Sin todos ustedes, este libro no habría sido posible.

1. Viajar

CELA EN SUDAMÉRICA

Una aventura con la mar por medio (mayo-noviembre de 1953)

El 6 de diciembre de 1953, desde las páginas del semanario *El Español*, Juan Aparicio López saludaba alborozado el regreso de Camilo José Cela a Madrid. Sin escatimar elogios, el entonces director general de Prensa de la dictadura franquista ponía de relieve el importante papel que el joven escritor había desempeñado durante su reciente gira por Colombia, Ecuador y Venezuela. «Al Federico García Sanchiz que hace las Américas por su cuenta y riesgo», afirmaba, «has sucedido tú con un nuevo arquetipo de misionero civil de la España de Francisco Franco, mas también por tu cuenta y riesgo.» Y añadía a renglón seguido: «Ya en Quito, ya en Caracas, ya en Bogotá, allí van asimismo los toreros, has sido no esa cosa fea que es el intelectual a secas sino esa cosa cálida, caliente, que es el español de tomo y lomo, tan capaz de lucir un frac con cremallera en ciertos sitios pudibundos pero aureolado por la Encomienda de Isabel la Católica pendiente al cuello, como de recitar un poema, volar por la selva o pegar un puñetazo.»¹

1. Juan Aparicio López, «Carta del director para los vivos», *El Español*, n.º 262, Madrid, 6-12 de diciembre de 1953, p. 6.

No sé qué era más relevante en tan contundente saludo, si el ataque contra el académico García Sanchiz, o la bienvenida y las loas para Camilo José Cela. Probablemente, una y otras, o acaso algo más –¿por qué no?– que hoy se nos escapa por completo. Confieso que no son muchas mis luces sobre la cocina política de *El Español* en esos años, pero sí creo que Juan Aparicio López dice algo cierto cuando subraya un aspecto esencial de aquella aventura sudamericana de Cela, que luego el tiempo ha ido borrando, o como relegando al olvido. Me refiero a la compleja naturaleza de un viaje que fue a la vez personal y oficial, turístico y diplomático, literario y político. En efecto, basta acercarle un poco la lente y mirarlo con cuidado, para descubrir que sus facetas fueron sumamente variadas, casi tanto como las diversas peripecias que le van ocurriendo al celebrado novelista en Sudamérica. Éste, según avanza la gira, pareciera irse fundiendo en esa misma diversidad al descomponerse en un rosario de proteicos avatares que tratan de compendiar roles y posturas distintas. Así, será, simultánea o sucesivamente, huésped de honor de la Colombia de Laureano Gómez *y/o* enviado especial de *Informaciones* de Madrid, o joven adalid del tremendismo literario *y/o* nuevo adelantado de la Hispanidad y las políticas culturales de Alberto Martín Artajo, el ministro español de Asuntos Exteriores de la época.

Por asombroso que parezca, de todo ello no queda mayor traza ni en los múltiples y fragmentarios relatos autobiográficos redactados por el novelista gallego –de *La cucañá* (1959) a *Memorias, entendimientos y voluntades* (2001)– ni en las diferentes biografías que se le han consagrado –de *Cela, mi padre* (1989) de Camilo José Cela Conde a *Cela, el hombre que quiso ganar* (2003) de Ian Gibson–. Hoy por hoy, con diferentes matices y colores, la versión más so-

corrida de aquel cruce del Atlántico hace de él una precaria y azarosa excursión —otro «vagabundaje» celiano— que habría que situar en una línea de trabajo análoga a la que preside los libros de viaje del autor. Digamos, para ser más claros, que sería algo así como una prolongación ultramarina de sus aventuras de escritor libertario que, de pronto, y sin que se sepa muy bien por qué, echa a andar por los caminos. Tal es la imagen que se desprende, por ejemplo, de la serie de croniquillas que, a la manera del *Viaje a la Alcarria* (1948), Cela redacta durante la gira para *Informaciones*.¹ Y no es otra la que nos ofrece su hijo cuando escribe que «en el mes de mayo de mil novecientos cincuenta y tres, mi padre cruzó el Atlántico a bordo de un avión de hélice, con cien pesetas en el bolsillo y un divieso en la nalga izquierda». Cela Conde va todavía más lejos: «El joven y ya famoso escritor español sobrevivió en Colombia, Ecuador y Venezuela como los soldados de la gloriosa Infantería: a fuerza de improvisar sobre el terreno con los recursos que le iban saliendo al paso.»²

Huelga insistir en que los demás biógrafos apenas se apartan de esta versión y describen el viaje como una improvisada gira de conferencias, o como la odisea de un gallego que se va a hacer las Américas.³ Nada se dice así de las invitaciones ni las recepciones diplomáticas, nada de

1. Camilo José Cela, «Notas de una excursión americana», *La rueda de los ocios*, Mateu, Barcelona, 1957, pp. 67-207.

2. Camilo José Cela Conde, *Cela, mi padre*, Temas de hoy, Madrid, 1989, p. 68.

3. Mariano Tudela, por ejemplo, no puede ser más claro: «Como en son de emigrante gallego, dejando en principio a su familia en Madrid, volaría a Colombia, Ecuador y Venezuela para dar conferencias auspiciadas por los centros regionales, preferentemente de su tierra, y con la secreta esperanza de que ese auspicio se ampliase más tarde a las instituciones culturales de aquellos países.» Cf. *op. cit.*, p. 106.

las entrevistas con presidentes y dictadores, nada de los escenarios de una operación de prestigio en pro de la política internacional del franquismo.

De lo que sí se habla –y mucho– es de la famosa *Catira*, la novela que le contrata el gobierno del dictador Marcos Pérez Jiménez en Venezuela. Pero también con este asunto del millonario encargo se plantea un problema de perspectiva, pues, como se le describe al margen de sus contextos históricos originales, se le hace ver ya como una peripecia más, ya como una joya solitaria o un soberbio golpe de suerte. De hecho, para algunos biógrafos, es casi como el merecido trofeo que viene a coronar una audaz y accidentada expedición. Bien lo sugiere Cela Conde cuando, hilando su metáfora seiscentista, escribe: «Venezuela supuso para mi padre encontrar su El Dorado personal.»¹ Extrapolado, y luego reinterpretado en clave de leyenda, el *affaire* de la novela venezolana acaba inscribiéndose así en el espacio de uno de esos tantos mitos a los que suelen recurrir las biografías en busca de precisión y sentido –y también, no hay que olvidarlo, de cierta ejemplaridad.

Sin embargo, como ocurre a menudo con las cosas de Camilo José Cela, la realidad parece haber sido, ya lo he dicho, bastante más compleja, y además, como lo veremos enseguida, mucho más interesante.

POR LOS CAMINOS DE LA HISPANIDAD

Obra en el Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación español un buen número de expedientes de esa época que nos cuenta otra historia me-

1. *Op. cit.*, p. 69.

por avenida con aquel saludo de Juan Aparicio López —una historia sin duda más cercana a la realidad de un viaje que, desde un principio, tuvo un perfil bastante peculiar y gozó de todo el apoyo que pudieron brindarle los servicios diplomáticos españoles—. Sabemos así por una carta que le envía Manuel Valdés Larrañaga, el embajador en la entonces Ciudad Trujillo, a su colega de Caracas, Gonzalo de Ojeda y Brooke, que ya en la primavera de 1953 las representaciones españolas en el Caribe estaban tratando de organizarle *in situ* varios ciclos de conferencias a Cela.¹ Todo parece empezar, no obstante, un poco antes, en el mes de diciembre de 1952, cuando el novelista cruza por vez primera el Atlántico y, tras una escala en Buenos Aires, llega a Santiago de Chile. Hasta allí ha viajado como invitado de honor de la Asociación de Periodistas Chilenos para el Congreso Mundial de Periodismo que se celebra en esa ciudad. Aunque inicialmente su participación en el evento fuera motivo de inquietud para el embajador José María Doussinague, que teme que el joven escritor pueda mostrarse demasiado crítico o irreverente, al final acabará suscitando los más encendidos elogios del jefe de la delegación oficial española, el agregado de información José Ignacio Ramos Aparicio.² Con fecha del 22 de diciembre de 1952, éste le escribe un largo oficio al director general de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, Luis García de Llera, donde destaca que la actuación de Cela «fue la nota de más popularidad y éxito del

1. Carta de Manuel Valdés a Gonzalo de Ojeda y Brooke, Ciudad Trujillo, 9 de abril de 1953, *Viaje de Camilo José Cela a Caracas*, AMAE, r 3553, exp. 10. Copia en AFCJC, 14-C8.

2. Carta de José M. Doussinague a Luis García de Llera, Santiago de Chile, 8 de noviembre de 1952, *Viaje de Camilo José Cela a Chile*, AMAE, r 3553, exp. 61.

Congreso», y señala que, desde el primer momento, «su personalidad, su obra literaria y sus declaraciones fueron el tema preferido de la actualidad periodística chilena». ¹ Al parecer ni siquiera el aura de Curzio Malaparte, el otro invitado de honor, logra robarle el estrellato. En Santiago, prosigue Ramos Aparicio, Cela es entrevistado en innumerables ocasiones, habla por la radio, dicta cuatro conferencias magistrales en la universidad y acaba siendo designado por sus colegas para pronunciar el discurso de clausura ante el presidente de la República, a la sazón, el general Carlos Ibáñez del Campo. «Puedo decir que todo el interés despertado por su presencia en Chile revirtió íntegramente en prestigio para nuestra Delegación», escribe el diplomático.

Pero hay más: la reputación de disidente que Cela se gana en Hispanoamérica con la edición argentina de *La columna* de 1951, hace que le busquen afanosamente los españoles del exilio que quieren noticias de la situación en el país. Según Ramos Aparicio, «particularmente favorables fueron estos contactos ya que el Sr. Cela, con su característica crudeza de expresión, les habló de España, de los errores que habían cometido los exiliados, de cómo nuestra patria está abierta generosamente para todos, de la patriótica visión de nuestro Caudillo y cómo él, con tanta autoridad como el primero, por haber sido voluntario en nuestra guerra, les ofrecía testimonio veraz de estas afirmaciones». También añade que «la reacción producida por estas entrevistas fue notable y, francamente emocionados, algunos confesaron sus errores y quedaron profundamente impresionados de las

1. Informe de José Ignacio Ramos Aparicio para Luis García de Llera, Buenos Aires, 22 de diciembre de 1952, *Congreso de periodistas celebrado en Chile. Actuación del delegado español Camilo José Cela*, AMAE, r 2948, exp. 25.

manifestaciones del Sr. Cela». En el mismo tono concluye el informe diciendo que «es difícil que pueda apreciarse la importancia política que supone el paso del Sr. Cela».¹

Ramos Aparicio tal vez afinca aquí demasiado el trazo para favorecer a un escritor que arrastraba fama de independiente y díscolo; pero es difícil dudar de su sinceridad cuando, en una breve nota adjunta, más íntima y personal, le escribe a García de Llera que el viaje de Cela «debe quedar señalado como un éxito de raros precedentes en la visita de intelectuales españoles a América».² En cualquier caso, su encendido elogio no parece haber caído en oídos sordos. Apenas unas semanas después, en enero de 1953, se le otorga al novelista la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica, una condecoración que ha de recibir de manos del director del Instituto de Cultura Hispánica, Alfredo Sánchez Bella, y de su secretario, Manuel Fraga Iribarne. En la carta que le envía al ministro de Asuntos Exteriores agradeciéndole la distinción el 4 de febrero de 1953, Cela se limita a señalar modestamente: «por ahí adelante no hice más que cumplir con mi deber de español».³ Nadie sabe, sin embargo, cómo ni por qué, en esos mismos días, la Asociación de Periodistas Españoles lo borra de su nómina. El cronista madrileño Julio Trenas comentará en *Pueblo* que, en aquella curiosa España, lo que te dan por un lado, siempre te lo quitan por otro.⁴ Pero lo cierto es que Cela con

1. *Ibid.*, pp. 2-3.

2. Nota a García de Llera, Buenos Aires, 22 de diciembre de 1952, en *ibid.*

3. Carta de Camilo José Cela a Alberto Martín Artajo, Madrid 4 de febrero de 1953, *Encomienda de Isabel la Católica a Camilo José Cela*, AMAE, r 4752, exp. 23.

4. Cf. Julio Trenas, «Crónica de Madrid: Cela no se enfada», *Pueblo*, Madrid, 23 de enero de 1953, p. 6.

algo se queda y no es poco, ya que ahora le rodea el aura de su triunfo chileno —el crédito o la notoriedad de aquel que, con su destacadísima actuación, ha sido capaz de hacer brillar los blasones de la España oficial en el exterior—. Bien lo señala por entonces la prensa de la Península y, en particular, un muy elogioso artículo de *El Correo Literario*, órgano del Instituto de Cultura Hispánica y uno de los principales voceros de la diplomacia cultural del régimen.¹

En efecto, Cela con algo se queda y no es poco. En aquella primavera de 1953, en aquellos primeros años de la guerra fría, no abundaban en España los jóvenes escritores tremendistas capaces de contribuir con tanto *panache* a mejorar la imagen internacional de la dictadura y, si hemos de creer en lo que nos dicen los documentos, contrarrestando además la influencia del exilio republicano. Éste, como es sabido, era muy activo en toda Hispanoamérica y mantenía estrechos lazos con los gobiernos de países como México o Venezuela. Neutralizar su acción, o aun captar a sus miembros, constituían evidentes prioridades para la diplomacia de Franco. Por eso, después del tan celebrado triunfo chileno, resulta difícil imaginarse a Sánchez Bella o a García de Llera negándose a apoyar el proyecto de otra gira que sería como una reposición o una versión ampliada de la actuación de Santiago. No olvidemos que el Instituto de Cultura Hispánica y la Dirección General de Relaciones Culturales habían sido creados simultáneamente en 1945, por iniciativa del ministro de Exteriores Alberto Martín Artajo, con el objetivo preciso de romper el cerco diplomático de la posguerra y afianzar los vínculos con las repúblicas hispanoamericanas. No olvidemos tampoco que si bien a co-

1. «La rotundidad megalítica de Camilo José Cela», *El Correo Literario*, Madrid, 1-15 de enero de 1953, p. 7.

mienzos de 1953 la situación de España había mejorado notablemente en la escena internacional, todavía no se había producido la normalización que traerán, en agosto y septiembre de ese año, la firma del concordato con la Santa Sede y los pactos con los Estados Unidos. Dicho en otras palabras: la diplomacia española necesitaba aún del concurso de las repúblicas hispanoamericanas para acabar de sacar al país del aislamiento en que había quedado al terminar la Segunda Guerra Mundial. De hecho, en los primeros meses de 1953, y tras la crisis de las relaciones entre Franco y Perón, el Palacio de Santa Cruz reactivaba sus contactos en la región, con el fin de ganar otras voluntades e ir sumando voces que permitieran un pronto ingreso de España en las Naciones Unidas, una de sus metas primordiales.

Pieza clave en esta estrategia atlántica, tal como lo ha estudiado el profesor Delgado Gómez-Escalonilla, la política cultural debía servir de puente para acercar a las naciones hispanas y remachar la idea de que España había cambiado y de que ahora sí había llegado el momento del tan esperado triunfo de la Hispanidad.¹ Becas, coloquios, intercambios, cursillos y exposiciones, junto con la creación en varias capitales de Institutos de Cultura Hispánica, fueron los vectores de este esfuerzo por limar asperezas y estrechar lazos. Buen conocedor del alma latinoamericana, Alberto Martín Artajo supo trabajar eficazmente con un sinnúmero de asociaciones seculares y religiosas, de Pax Romana a Acción Católica, a fin de tejer una extensa red de relaciones en los más distintos países y darle así continuidad a la operación de alta

1. Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica*, CSIC, Madrid, 1988. Cf. también su libro *Imperio de papel, acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, CSIC, Madrid, 1992.

cosmética con que se intentaba transformar la imagen del régimen en el extranjero. El cuadernillo que edita su ministerio en 1954, *Proyección Cultural de España*, da cuenta del impresionante dinamismo de la diplomacia española en su capítulo americanista y reserva un lugar especial al programa de conferencias conocido como «La voz de España en América». Gracias a él, se nos dice, el Instituto de Cultura Hispánica «ha patrocinado de una u otra manera el viaje a América de los profesores Corts Grau, González Álvarez, Gómez Arboleya, Torroja Miret, Ruiz del Castillo, Eugenio d'Ors, Javier Conde, Manuel Ballesteros, Guillermo Céspedes, Fraga Iribarne, padres Zaragüeta y Ceñal, Muñoz Alonso, Castiella, Laín Entralgo, Antonio Tovar, Jiménez Díaz, Blanco Soler, Entrambasaguas, García Hoz, Pérez Barradas; de los escritores y poetas Eugenio Montes, Díaz Plaja, Giménez Caballero, García Viñolas, Pemán, Dámaso Alonso, Panero, Rosales, Foxá; de los músicos Joaquín Rodrigo, José Cubiles, Sainz de la Maza, y de muchos otros intelectuales y personalidades de la cultura española».¹

En suma, «La voz de España en América» puso a viajar por nuestro continente a buena parte de la *intelligentsia* que se queda en la Península y se sirvió de ella para exhibir en el extranjero el rostro más ilustrado y amable de la dictadura, la imagen de un país que no se había quedado solo y en el cual supuestamente seguía existiendo una intensa vida intelectual. Todo esto, además, extrapolando una fórmula de Delgado Gómez-Escalonilla, «sin correr riesgos inherentes a actuaciones políticas directas».² Por

1. Álar Fáñez, *Proyección Cultural de España*, Temas Españoles n.º 102, Madrid, 1954, 29 pp. Puede verse una reseña del programa en la revista *Mundo Hispánico*, n.º 30, Madrid, octubre de 1950, pp. 36-38.

2. *Op. cit.*, p. 149.

desgracia, salvo en el caso de Argentina, aún no contamos con estudios pormenorizados de estos programas que permitan apreciar el impacto real que tuvieron en la evolución de las relaciones entre Hispanoamérica y España.¹ Por de pronto –y mientras no se organice y se abra el archivo del antiguo Instituto de Cultura Hispánica–, sólo podemos decir que los ciclos de conferencias fueron numerosos e importantes, y que la gira de Cela de 1953 se inscribe con naturalidad dentro de esta misma línea de acción diplomática aunque es verdad que su proyecto sorprende por sus dimensiones y su ambición.

Se trata nada menos que de recorrer siete países de Sudamérica y el Caribe durante cuatro meses, dando cuantas conferencias y charlas sea posible organizar. Es difícil saber si la idea original fue del propio Cela o de Sánchez Bella o de alguien más, ya que aún no se pueden consultar los documentos correspondientes. Mariano Tudela cuenta en su biografía que Cela vuelve de Chile con la intención de regresar pronto a Sudamérica, e incluso esboza algún plan para viajar a Argentina, siempre en busca de medios para salir de su estrecha situación económica.² Lo seguro es que, ya para la primavera de 1953, como dije anteriormente, las representaciones españolas en la zona están en busca de escenarios para la gira del escritor. También es cierto que, sin apoyos del más alto nivel político, no se habrían podido obtener, para abril, las invitaciones oficiales de los Ministerios de Educación Nacional de Colombia y de

1. Cf. Raanan Rein, *The Franco-Perón Alliance. Relations Between Spain and Argentina, 1946-1955*, Pittsburgh University Press, 1993. También Laurent Bonardi, «Culture et propagande franquiste dans l'Argentine peroniste», *Amnis, Revue des civilisations contemporaines*, Université de Bretagne, 2005, pp. 1-9.

2. *Op. cit.*, p. 106.

Ecuador. Aunque sabemos poco de la invitación colombiana, que se atribuye al ministro de Educación Lucio Pabón Núñez, sí consta que la invitación ecuatoriana fue tramitada ante las autoridades de Quito por Pedro Salvador de Vicente, subdirector del Instituto de Cultura Hispánica y director general de Centro y Sudamérica del Ministerio de Asuntos Exteriores.¹ Estas dos invitaciones son, en cualquier caso, las que abren el camino y permiten organizar el impresionante itinerario que el propio Camilo José Cela le comunica al director general de Relaciones Culturales, García de Llera, en una carta del 1 de mayo de 1953. «Como usted verá, hay bastante tela cortada», le dice allí en alusión a lo que ya se ha conseguido. El viaje debía iniciarse en Bogotá el 24 de ese mes y acabaría en Caracas el 15 de agosto, puntos alfa y omega de un trayecto que incluía además Quito y Panamá en junio, San Juan de Puerto Rico y Ciudad Trujillo en julio, y La Habana en los primeros días de agosto.²

No puede negarse que estamos ante un magno proyecto y un auténtico maratón; pero la España nacional-católica («Imperio de papel» la llama Delgado Gómez-Escalonilla; «Imperio provinciano», dice Carlos Alberto Montaner) es, en realidad, un país pobre y no sobran divisas para financiar semejantes sueños. El cuadernillo que citábamos antes apenas esconde esta circunstancia cuando precisa que el Instituto de Cultura Hispánica patrocina «de una u otra manera» el viaje de los conferenciantes a América. La verdad es que, siguiendo los métodos del viejo Consejo de la

1. Carta de Pedro Salvador de Vicente a José Martínez Cobo, 12 de mayo de 1953, en *Viaje de Camilo José Cela a Caracas*, AMAE, r 3553, exp. 10.

2. Carta de Camilo José Cela a Luis García de Llera, Madrid, 1 de mayo de 1953, en *ibid.*

Hispanidad de Serrano Suñer, el Instituto y la Dirección General de Relaciones Culturales trataban de paliar juntas la falta de recursos a través del trabajo del personal diplomático acreditado en el extranjero y la búsqueda de contactos que permitieran conseguir invitaciones locales, a menudo en alcance de lo que ya se había podido obtener desde Madrid. Así, con fecha del 5 de mayo de 1953, y una vez que Bogotá y Quito han expedido sus respectivas invitaciones, García de Llera les escribe a los embajadores y cónsules de las cinco ciudades restantes por orden del ministro Martín Artajo, a fin de que se sirvan organizarle a Cela «las actuaciones culturales que sean consideradas convenientes».¹

No hay razones para pensar que los diplomáticos no pusieron de inmediato manos a la obra, pero, de pronto, pareciera que las cosas se complican. La Habana y Ciudad Trujillo no contestan, San Juan de Puerto Rico contesta tarde, y el encargado de Negocios en Panamá, Valentín A. Alzina de Boschi, aunque llevaba bien encaminadas sus gestiones, al final no consigue vencer la resistencia de los profesores de la Universidad Nacional. «A este respecto estimo deber indicar a V. E.», le escribe indignado a García de Llera, «que entre quienes hicieron campaña para obstaculizar la actuación de Sr. Cela en la mencionada universidad se encuentra el Dr. Domínguez Caballero, antiguo becario del Instituto de Cultura Hispánica y actual decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Este señor, según la idea del grupo estudiantil al que se dirigía, así les incitaba contra un Camilo José Cela totalitario, antidemocrático,

1. Carta de Luis García de Llera a los embajadores y cónsules en Caracas, Ciudad Trujillo, La Habana, Panamá y San Juan, Madrid, 5 de mayo de 1953, en *ibid.*

etc. (a los comunistas), o contra un escritor anticatólico (a los católicos).»¹

También el embajador en Caracas, Gonzalo de Ojeda y Brooke, da cuenta de lo problemático que resulta ejecutar las órdenes de Madrid en un país con el cual se han restablecido relaciones apenas unos años antes y donde el programa de conferenciantes ya ha conocido otros reveses. En su carta cita el caso de Eugenio Montes, a quien sólo a costa de grandes sacrificios se le consiguieron dos charlas en el Centro Español y la Cámara de Comercio. Pero Ojeda y Brooke, tenaz, no desespera: «Aunque es muy difícil poder obtener conferencias pagadas a personas que no han sido invitadas expresamente por alguna entidad cultural, procuraré por todos los medios posibles ponerme en contacto con las universidades y centros docentes de esta capital a tal efecto.»²

A mediados de mayo, y a pesar de todos los esfuerzos desplegados, la cancillería española sólo cuenta con dos respuestas favorables, pero que, hay que reconocerlo, compensan con creces las gestiones infructuosas de sus diplomáticos en otras cinco capitales. Y es que se trata de dos invitaciones oficiales y de rango ministerial. Ambas señalan los rumbos de la política internacional hispana de aquella época e, independientemente del interés que podía suscitar una visita de Camilo José Cela, ponen de manifiesto que los lazos de los gobiernos de Bogotá y Quito con Madrid eran entonces lo suficientemente importantes como para justificar una rápida respuesta a las solicitudes del Instituto y los embajado-

1. Carta de Valentín A. Alzina de Boschi a Luis García de Llera, Panamá, 5 de agosto de 1953, en *ibid.*

2. Carta de Gonzalo de Ojeda y Brooke a Luis García de Llera, Caracas, 11 de mayo de 1953, en *ibid.*

res. No en vano, de las veintinueve oficinas del Instituto de Cultura Hispánica que se habían creado en el continente, sólo la ecuatoriana y la colombiana gozaban de un amplio y sustancioso apoyo gubernamental.¹ Los dos países atravesaban, sin embargo, por momentos distintos de su historia y manejaban diversamente, y con diferentes objetivos, sus relaciones con la dictadura franquista.

En efecto, para nadie era un secreto en aquellos años que la Colombia del conservador y autoritario Laureano Gómez, en un claro gesto de solidaridad, no había dudado en elevar su delegación en España a la categoría de embajada, desoyendo las recomendaciones de las Naciones Unidas y antes de que se atenuara el rigor de las sanciones contra Franco en noviembre de 1950. Partidario del Eje, caballero de la Hispanidad, profundo admirador del Caudillo y, como él, obsesionado con la amenaza de una conspiración judío-masónico-liberal-comunista, Gómez propugnaba desde 1952 la adopción de una nueva constitución que impusiera en Colombia un modelo de sociedad inspirado en el corporativismo franquista. Ni siquiera la Argentina de Perón en sus momentos de más estrecha colaboración llegó a semejante relación especular con la España de la dictadura. Laureano Gómez encarnó, como pocos políticos en Hispanoamérica, la posibilidad escalofriante de ver surgir, del otro lado del Atlántico, un estado nacional-católico que fuera como el monstruoso gemelo del que ya existía en la Península. Para 1953, su ministro de Educación —y también el de Roberto Urdaneta Arbeláez, quien ocupó la presidencia durante la enfermedad de Gómez— era el antiguo gobernador

1. Cf. «Notas de la Dirección de Relaciones Culturales sobre el informe reservado del Director del Instituto de Cultura Hispánica», en Delgado Gómez-Escalonilla, *op. cit.*, pp. 290-294.

de la provincia de Santander del Norte, el ya mencionado Lucio Pabón Núñez. A este puro producto de la educación de los jesuitas colombianos no sólo se le tenía por un distinguido hombre de letras sino además por un feroz e implacable político. Tanto es así que «Pavor Núñez» fue el mote que le colgaron sus adversarios tras varias de sus actuaciones más violentas durante esos años. Al igual que otros miembros del gobierno colombiano, el ministro era un asiduo visitante del Instituto de Cultura Hispánica de Bogotá y allí había dictado, en 1952, una sonada conferencia contra Montesquieu y la moderna separación de los poderes, muy en la línea de las ideas de Ramiro de Maeztu. Evocando la figura del presidente Laureano Gómez, Pabón Núñez aún declaraba sin rubor en 1983: «Él y todos los que militábamos con él fuimos franquistas. Yo todavía hasta lo soy porque viví los cinco mejores años de mi vida en la España de Franco.»¹ Fue a este intransigente defensor de la educación católica a quien le correspondió cursar la invitación oficial para Camilo José Cela y fue su gabinete el que organizó la gira del joven novelista por el agitado país andino.²

Comparado con la Colombia de Laureano Gómez, el Ecuador de José María Velasco Ibarra es como un oasis de paz. Liberal católico, Velasco Ibarra había atenuado las tensiones entre el Estado y la Iglesia eliminando la subordinación de la educación confesional a la pública, y contribuyendo al financiamiento de colegios misionales y también a la creación de universidades católicas. Madrid no podía menos que celebrar tales políticas y obrar por

1. Arturo Alape, *El Bogotazo: memorias del olvido*, Planeta, Bogotá, 2000, p. 69.

2. Para una biografía de este controversial político colombiano, puede verse el libro de Jorge Meléndez Sánchez *Lucio Pabón, el nacionalismo católico en Colombia*, El Búho, Bogotá, 2004.

que la cooperación entre los dos países fuera estrecha. Además, Quito había sido la sede de uno de los primeros Institutos de Cultura Hispánica en el continente, sostenía sin reservas el esfuerzo diplomático español y había sabido sacar un amplio provecho de los programas de intercambio y formación universitaria. Los becarios ecuatorianos eran entonces numerosos tanto en la Residencia de Relaciones Culturales, en Cuatro Caminos, como en el Colegio de Guadalupe, en Moncloa, dependiente del Instituto. Uno de aquellos estudiantes de posgrado, José Martínez Cobo, nombrado ministro de Educación a su regreso a Ecuador en 1952, es el alto funcionario que invita a Cela, a instancia de Pedro Salvador de Vicente. Le debemos, por cierto, uno de los más completos y mejores testimonios sobre la visita del escritor padronés a ese país —un texto que se recogió en el libro de homenaje a Cela de la Academia Ecuatoriana de la Lengua en 2002—. Allí señala expresamente: «Cuando fui Ministro de Educación, tuve la satisfacción de invitar a Camilo José Cela para que viniera al Ecuador como huésped oficial, en 1953.»¹

¿Y Venezuela, se estará preguntando el lector, cómo entra al final Venezuela en el itinerario del viajero? Ya vimos que, a comienzos de mayo de 1953, el embajador Ojeda y Brooke hace lo que puede, pero, en el fondo, no puede mucho en un país que se había negado durante años a tener relaciones con Franco y en el cual el trabajo de los diplomáticos, repito, apenas había tenido tiempo para desarrollarse. Si Cela consigue meter a Caracas *in extremis* en su gira, no se lo debe a la diplomacia española sino a la solidaridad internacional gallega. Tal y como él

1. *Camilo José Cela en la Academia Ecuatoriana*, Academia Ecuatoriana de la Lengua, Quito, 2002, AFBJ.

mismo señaló en varias ocasiones, quien lo invita a Venezuela es su colega y paisano Silvio Santiago, responsable de actividades culturales del Centro Gallego de Caracas. Ese año Cela es, efectivamente, el invitado de honor para las celebraciones del Día de Galicia y el Centro anuncia en sus boletines que, en el transcurso del mes de julio, pronunciará varias conferencias sobre la cultura gallega en la capital venezolana.¹ Recordemos que, para ese entonces, Galicia es, junto a Canarias, la principal región de donde proceden los numerosísimos emigrantes españoles que, atraídos por la bonanza de los cincuenta, se instalan en Venezuela.

En su edición del 24 de mayo de 1953, el diario *ABC* no está así del todo lejos de la verdad (o, si se quiere, dice una verdad a medias) cuando informa que Cela sale ese día para Bogotá como invitado oficial del Ministerio de Educación Nacional de Colombia, y afirma que dictará conferencias en Ecuador, Panamá, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y Venezuela, según el proyecto original.² En realidad, sabemos que sólo eran tres las destinaciones confirmadas en aquel momento aunque siguiera viva la esperanza de conseguir alguna más. No es improbable que el de Padrón haya salido de Madrid ese 24 de mayo con cien pesetas en el bolsillo y un divieso en la nalga izquierda, como afirma su hijo; pero es seguro que el avión al que se sube no es un simple avión de hélice (de hecho, todos los aviones comerciales eran de hélice en ese entonces) sino *El Colombiano* de Avianca, un flamante Lockheed 749 Constellation que era el correo insignia de una de las flotas más cuidadas y modernas de Latinoamé-

1. «Semana Gallega», *Galicia*, n.º 7, Caracas, junio de 1953, p. 26.

2. *ABC*, Madrid, 24 de mayo de 1953, p. 46.

rica.¹ Y lo que lo espera al otro lado del Atlántico no es el improvisado destino de un inmigrante ni los rigores de las cordilleras y las selvas americanas, tan temidos por los soldados de la gloriosa Infantería. Lo esperan los cócteles y agasajos para un huésped de honor de la República de Colombia, lo esperan los tules y las sedas de la vida diplomática, y también todos los riesgos que corre un joven escritor cuando se mete en este tipo de aventuras.

NUESTRO HOMBRE EN BOGOTÁ Y QUITO

En Bogotá, la expectación es grande ante la llegada de tan controvertido e ilustre viajero. El periódico liberal *El Tiempo*, el conservador *El Siglo* y hasta el regional *Diario de Manizales* reseñan la visita del escritor a Colombia e informan sobre las conferencias que, como invitado del Ministerio de Educación, ha de impartir en la capital y en varias ciudades de provincia. Periodistas, curiosos y, claro está, la delegación del ministerio, salen a recibirlo al aeropuerto de Techo. Apenas unas horas después, y aún con el cansancio del viaje auestas, Camilo José Cela concede sus primeras entrevistas en su habitación del Hotel Continental. «Si digo que no soy el mejor novelista sería un mentiroso», le declara provocador a una periodista de *El Siglo*, repitiendo una vieja *boutade*. Dos días después añade, en *El Espectador*, que no sólo ha venido a dictar un ciclo de conferencias sino que tiene también la intención de escribir un libro sobre su gira por Sudamérica, que se titularía, en principio, *Meditacio-*

1. R. E. G. Davis, *Airlines of Latin America since 1919*, Smithsonian Institution Press, Washington, 1983, pp. 240-246.